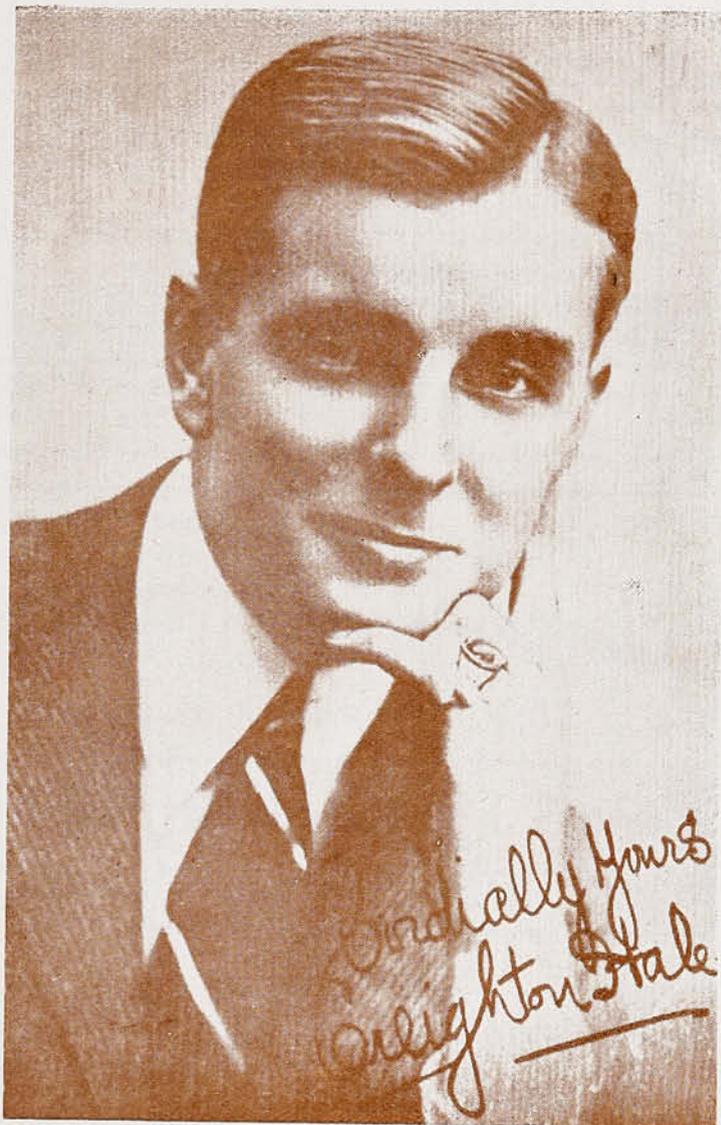


LA SEMANA CINEMATOGRAFICA



CREIGHTON HALE

Año I :: Núm. 13

1.º de Agosto 1918

Precio: 30 centavos



LA SEMANA



CINEMATOGRAFICA

Directora y propietaria: LUCILA AZAGRA. = Correspondencia a Casilla 2289

Suscripción por este año. colección completa, \$ 10

Números sueltos: Portal Fernández Concha, 950

LA MÚSICA EN EL BIÓGRAFO

MUCHAS son las personas que no toman en cuenta el papel importantísimo que desempeña la música en las exhibiciones cinematográficas. Sin embargo, a poco que se medite en esto, se ve que la mitad por lo menos del poder emocional de una película deriva de la música que la acompaña.

En nuestras tareas habituales, hemos tenido mil veces ocasión de asistir a exhibiciones privadas de cinematógrafo, hechas, por supuesto, sin música alguna, y en esas oportunidades jamás hemos podido dejar de notar la falta inmensa que hace la música para que una cinta pueda producir todo su efecto. Cosa análoga se observa cuando en medio de la exhibición de alguna escena, calla por algún motivo la orquesta o el piano que la acompaña. Las escenas que se desarrollan así, producen un efecto incompleto y desconcertante y el espectador no ve la hora de que se reanude el acompañamiento musical.

La música es el alma del cinematógrafo, y si ella no existiera, esta rama del arte no habría podido alcanzar el prestigio inmenso que hoy tiene en el mundo civilizado.

Esto nada tiene de extraño, por cuanto la música posee un poder emocional y sugestivo superior a la palabra misma, de manera que si una música apropiada acompaña

el desarrollo de una cinta, la palabra resulta absolutamente innecesaria.

Parecerá esto un poco paradójal, pero es así. La música expresa más, mucho más que la palabra, por lo mismo que es más vaga y menos precisa que ésta. La música, además, produce directamente y en más alto grado la emoción, sin necesidad de precisar ó de agrupar conceptos precisos, como la palabra.

Queríamos que fuera posible hacer la prueba de comparar los dos sistemas: acompañar una película con una música apropiada y acompañarla con las palabras correspondientes que deben ser pronunciadas por los actores. ¿Con qué palabras se acompañaría el rumor de la tormenta, el horror de lo trágico, la visión luminosa de una noche estrellada, la tristeza de una caravana que se aleja, el adiós que se envía con el pañuelo a los seres queridos al doblar el último recodo del camino?

Bien está la palabra, la palabra sola, sin música, en el drama, que no es más que una serie de conversaciones sin otro movimiento escénico que el que se hace dentro de cuatro paredes; pero ¿podría bastar la palabra para el escenario múltiple y cambiante hasta el infinito de que dispone el biógrafo? En modo alguno. La palabra sería en este caso absolutamente insuficiente, absoluta-

mente pobre, absolutamente impotente. ¡Cómo! ¿Se habría acaso de hablar algo a la presentación de un paisaje? ¿Se guardaría silencio en todos los momentos en que no hubiera diálogo, momentos que son innumerables en el espectáculo cinematográfico? ¿Qué se diría, por ejemplo, cuando dos amantes se despiden en silencio y para siempre con la muerte en el alma? ¿Qué se diría cuando se viese al amigo o al esposo correr a caballo por las montañas o los valles a salvar del peligro a un ser querido? ¿Qué se diría, qué, en los mil y mil momentos cinematográficos en que no se habla ni hay que hablar porque se trata sólo de contemplar las múltiples bellezas de la tierra, del mar o del cielo? Nada, no podría decirse nada. La cinta pasaría en esos instantes en silencio, produciendo una impresión que a nadie podría satisfacer.

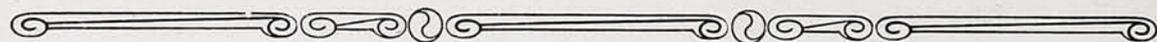
¿Se comprende entonces lo que significa la música para esta rama del teatro? ¿Se comprende que ella es la que lo sostiene, la que lo levanta, la que nos hiere en pleno corazón, haciéndonos sentir las más hondas, más delicadas y más variadas emociones?

Que en un instante patriótico de la cin-

ta, como los hay, por ejemplo, en «La Doncella de Orleans», la música estalle con los acordes propios del momento, y sentiremos que nuestros cuerpos y nuestras almas vibran con los más sublimes sentimientos. Que una música adecuada acompañe una entrevista tierna, y la sentiremos mejor que si hubiéramos escuchado las más bellas palabras que en esos momentos sería dable pronunciar. Que se trate del amor, del odio, del dolor, de la alegría, de la dicha, de la muerte, del horror, del éxtasis: en todo caso, la música nos hará sentir mejor esos instantes y esas escenas que las palabras más sábiamente calculadas.

Comprendamos, pues, toda la importancia de la música y no nos dejemos suggestionar con la observación que comunmente se hace de que el biógrafo carece de verdadera importancia por ser una mera pantomima. Es una pantomima, sí, pero acompañada por lo que hay más rico en poder emocional y sugestivo: la música, que en este sentido y para este efecto, nada, absolutamente nada, tiene que envidiar a la palabra.

LUCILA AZAGRA.



Mirando el retrato de Francisca Bertini

SENTADA en su sillón, con el codo apoyado sobre la mesa y la mano en la mejilla, piensa y está triste.

¿Es que piensa acaso en su poder terrible de mujer hermosa, dueña y señora de los corazones, que con una sola de sus sonrisas puede llevar la dicha a millares de seres y que con uno solo de sus gestos puede precipitarlos en el desconsuelo y el dolor?

Jamás soberano alguno de la tierra ha logrado tener esclavos más rendidos y sumisos que esa mujer. Jamás monarca alguno ha podido contarlos en tan inmenso número,

repartidos por todos los ámbitos del mundo.

Y sin embargo, está triste.

¿Qué es lo que ha hecho que un velo de tristeza apague el fulgor de sus ojos? ¿Qué es lo que ha hecho huir la sonrisa de su boca divina?

Cuando esos ojos se animan con los fulgores del arte, cuando esos labios se abren para dar paso a la sonrisa, luz de los cielos y rocío de flores parece que cae sobre los corazones. Sus ojos encierran un mundo de tentadoras promesas y son como abismos en que gozan en hundirse las almas embria-